

COLECCIÓN
LITERATURAS
POR VENIR

NOSTALGIA POR EL FUTURO PERDIDO

JUAN IGNACIO PISANO

FLOR CANOSA

JUAN REVOL

ANA LLURBA

EMILIANO SALTO



VERA editorial cartonera

**NOSTALGIA
POR EL FUTURO
PERDIDO**



NOSTALGIA POR EL FUTURO PERDIDO

COLECCIÓN
**LITERATURAS
POR VENIR**

JUAN IGNACIO PISANO
FLOR CANOSA
JUAN REVOL
ANA LLURBA
EMILIANO SALTO



VERA editorial cartonera

ASEDIAR EL QUÉ DE LAS LITERATURAS POR VENIR

ROBERTO CHUIT ROGANOVICH
BLAS RIVADENEIRA
VICTORIA DAONA

En el poema de 1914 titulado «A servant to Servants», Robert Frost dice «the best way out is always through». El mejor camino de salida es siempre a través. El fragmento, que resuena como un mantra, no hace otra cosa que producir preguntas. ¿Hay algo de lo que verdaderamente hoy debamos escapar? Y más aún, ¿qué es el «a través» a partir del cual ensayar la salida? ¿Qué es, en definitiva, el «esto» que deberíamos atravesar?

El «qué» que debemos atravesar es todavía confuso. No faltan nunca diagnósticos: es el «capitalismo 4.0» según Alejandro Galliano en *La máquina ingobernable* (2024), el «capitalismo caníbal» según Nancy Fraser, el *Tecnofeudalismo* (2024) según Yannis Varoufakis, la pulsión de muerte capitalista y el deseo de regreso a lo inorgánico según Reza Negarestani en el artículo «Esbozando lo inhumano» a razón del pensamiento de Nick Land del capitalismo como vector de aceleración incontrarrestable. El «qué» que deberíamos atravesar parecería estar, de algún modo, ligado a las temporalidades yuxtapuestas del mundo contemporáneo: lo arcaico, lo residual y lo emergente en acción conjunta; el pasado en constante reinterpretación, el presente inaprensible y en estado de fuga perpetua y el futuro, siempre en sus infinitas y hasta a veces contradictorias modulaciones y apariciones fantasmáticas.

Nuestra colección *Literaturas por venir*, pues, busca indagar en políticas de la representación literaria que instalan una divergencia respecto a la mimesis como ordenadora del imaginario —ciencia ficción, terror, ciberpunk, *weird*, lo raro—. Para nuestro primer volumen pensamos una antología de relatos organizados a partir del eje «Nostalgia por el futuro perdido» que propone Mark Fisher retomando a Jacques Derrida para dar cuenta de la dinámica en los procedimientos compositivos en la cultura pop ligados a la (re)creación de fantasmas de experiencias o corrientes artísticas de otras épocas y que, al mismo tiempo, son expresión de esta nostalgia por la ausencia de futuro.

Puede que los ejercicios de literatura de esta antología sean una buena herramienta de indagación respecto del «qué» es lo que hay que atravesar, de dónde nace la necesidad de atravesarlo y a través de qué herramientas.

En «El vigilante» de Juan Pisano se presenta un universo donde una tecnocracia resguarda un territorio donde se han cristalizado profundas desigualdades. La focalización del relato se centra en un empleado de una empresa de seguridad en tanto que en lo lateral y en lo no dicho se encuentra lo siniestro de esa espacialidad. Drones y motos autónomas vigilan al vigilante que al regresar del trabajo se inquieta por los dibujos de su hija al tiempo que se fascina por una *playlist* de videos de canciones de los ochenta a modo de un recuerdo que no vivió y ahora.

Por su parte, en «Ahora pisás Valle» de Flor Canosa se cuenta el retorno a un pueblo del origen/infancia que, al parecer, ya no existe. La voz narrativa, que en segunda persona interpela a la protagonista, subraya esa paradoja en la que esta se encuentra: desdoblada en universos donde el espacio-tiempo funciona erráticamente entre un pasado maldecido y un presente que, poco a poco, se convierte en un futuro perdido.

En «Lluvia fantasma», Juan Revol se detiene en una mujer de la tercera edad que, frente a la mirada incrédula de su nieto, asegura que hay algo en el horizonte acercándose a pasos agigantados con la capacidad de exterminarnos.

«Villa Anahita Ruin Porn» de Ana Llurba es el relato de un desastre. Un hombre, un niño y una mujer asumen el oficio de narrar las causas de la inundación y sus efectos funestos. En sus voces descubrimos lo precario de sus vidas en ese pueblo abandonado que es Villa Anahita y también evidenciamos el ventajismo político. ¿Es posible reconstruir el pueblo después de la inundación? ¿Es posible reconstruir esas vidas después de la catástrofe? ¿Es posible reconstruir lo que solo fueron ruinas?

Emiliano Salto en «Nuestro mundo plateado» nos invita a un *tragic tour*. Desde el comienzo del cuento una enorme criatura está llegando a impactar contra uno de los lados del auto de los protagonistas. Tras el impacto, todo queda cubierto por una sustancia plateada. Lo único que puede distinguirse es la foto que cae de la guantera generando confusión entre los pasajeros. A través de un mecanismo borgeano, las vidas que recuerden ya no serán las propias, indagando en la posibilidad de transferir la memoria, borrar la marca subjetiva que conlleva, hacer la experiencia intercambiable e impersonal.

Un saludo afectuoso, entonces, a los autores que han prestado desinteresadamente sus relatos para la confección de este volumen. Los textos aquí presentes, todos y cada uno de ellos, son insumos necesarios para el desarrollo de un pensamiento elástico que nos permita entender el presente dislocado en el que vivimos. Otro saludo, igual de afectuoso, a quienes se acerquen aleatoriamente a este libro, bajo la esperanza de encontrar otras formas no regularizadas del pensamiento, el arte, la política y el amor.

Se le atribuye a Niels Bohr una frase (apócrifa o no, no interesa) que nació como respuesta a colegas (entre ellos, Albert Einstein) que veían en su modelo de mecánica cuántica inconsistencias lógicas, probabilísticas y epistemológicas. Niels Bohr, en el centro del enojo, habría dicho: «sucede que no están pensando, solo están siendo lógicos».

Imaginación, entonces: esa, la facultad indispensable. Ahí vamos.

REFERENCIAS

- FRASER, N.** (2023). *Capitalismo caníbal. Qué hacer con este sistema que devora la democracia y el planeta y hasta pone en peligro su propia existencia.* Siglo XXI.
- FISHER, M.** (2018). *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos.* Caja Negra.
- GALLIANO, A.** (2024). *La máquina ingobernable. Historia de cuatro capitalismo.* El gato y la caja.
- NEGARESTANI, R.** (2024). *Esbozando lo inhumano. Conjeturas sobre el capitalismo y la neocracia orgánica. Arqueología del porvenir.* Traducido por R. Chuit Roganovich. [Disponible en línea.](#)
- VAROUFAKIS, Y.** (2024). *Tecnofeudalismo. El sigiloso sucesor del capitalismo.* Ariel Argentina.

EL VIGILANTE

JUAN IGNACIO PISANO

A través del vidrio de la ventana solo se ve noche y oscuridad. El colectivo para en la puerta del barrio donde resplandece un faro ruinoso cuyo halo de luz es abandonado pronto por su cuerpo que camina, ahora, hacia la calle asfaltada que lo va a dejar en la esquina de su casa. Más allá, en la ruta, pasan los reflejos silenciosos de las motos y los autos y, más acá, se oyen ladridos de perros que desea no se le crucen durante la caminata. Agarra el palo que cada día esconde en el mismo lugar y sigue. Pasa un vecino y lo saluda como lo saludan todos los que se mudaron acá durante los últimos años: buenas noches, oficial. No sabe si se lo dicen como una burla o como una forma de respeto, o si algunos se burlan y otros lo respetan. Pero sea una u otra la reacción, a él le pesa ese traje, el disfraz que la compañía de seguridad privada le hace poner para el trabajo. No es policía, quiere aclarar cada vez que lo saludan de ese modo, pero calla.

La gorra es lo peor. ¿Por qué no le dan una de las comunes, las de camionero de otra época, esas que usan la mayoría de las empresas de su rubro? En su lugar, tiene que usar esa especie de galera horrenda que se parece a los trajes de los ratis de verdad. Un dron pasa muy cerca, a no más de veinte metros del suelo, y la idea de otra incursión del ejército en el barrio lo atemoriza. Pero lo que más miedo le da es que se animen, después de tantas amenazas, a invadir con los drones en lugar de con personas. Las prefiere, después

de todo capaz que lo ven así, con esa ropa, y vuelve a zafar de que lo maten a pesar de su piel delatora.

Cuando está a una cuadra de su casa ve pasar una de las motos autónomas del Paty, uno de sus amigos de la adolescencia, cuando no usaba ropa de guardia y una esquina era su hogar. Ahora es uno de los que manda en el barrio. La cámara frontal gira y se detiene en él al mismo tiempo que la moto, en una sincronía perfecta, reduce, de golpe, la velocidad, casi como si pasara de 2.0 a cámara lenta (piensa, sin sacarle los ojos de encima). Se queda quieto, él ahí, la moto parsimoniosa, y la cámara con su lente ajustando el zoom. Es como si la reducción de la velocidad suspendiera, también, el paso del tiempo. Cuando la moto se aleja, apenas unos cinco metros, parece como si acelerara tanto que en un instante es comida por esa oscuridad tan próxima.

Reconoce su casa al doblar la esquina y al ver la trompa oxidada del auto a nafta del que ni el nombre recuerda, hundida entre pastizales, y el nido de las torcacitas afirmado en una óptica. Es recién en ese momento que la tensión de la mano sobre el palo cede porque el único perro que ahora puede aparecer es Indio, su compañero fiel. Corre la traba de la tranquera mientras su perro lo festeja, deja el palo a un costado y pisa el camino involuntario de tierra seca que, luego de unos pasos, lo deja en la puerta de su casa.

Entra y en la televisión hay un video de Dire Straits que suele aparecer en los compilados de la década de 1980. Con Mara siempre ponen alguna *playlist* de esa época. Es como si tuvieran nostalgia por la juventud de sus padres, años en los que ellos no eran ni siquiera un proyecto de vida. Violeta aparece corriendo desde la habitación y se le sube encima. Recién ahí se da cuenta de que tiene el gorro todavía puesto, se lo saca y lo tira a un costado del sillón. Su hija le muestra unos dibujos que estuvo haciendo.

—Me volvió a escribir la psicopedagoga del colegio. —dice Mara.

En uno de los dibujos se ve la imagen de un monstruo devorando a una persona. El resto son igual de perturbadores: sangre, bombas que caen del cielo, cuerpos demasiado flacos, casi deformes, cascos, balas en el aire, cuchillos y piedras.

—¿Le dijiste que nosotros en casa la cuidamos de esas cosas?

—La mina entiende que no es nuestra la culpa.

—Me voy a dar una ducha, se me parte la cabeza. —dice y camina hacia el baño.

—Están todos los pibitos igual, me dijeron otras madres.

Escucha la voz de su esposa. Pero mi hija es mi hija, piensa y nunca llega a decirlo. Lo último que ve antes de entrar al baño es a Violeta haciendo que mastica un almohadón.

Cuando vuelve, en la televisión están pasando un video de U2 que nunca había visto. Su hija come fideos con aceite, mira un libro con ilustraciones de animales que debe haber traído del colegio y Mara sirve los platos para ellos dos. Está a punto de cambiar el video porque no es una banda que le guste, pero lo cautiva ver que están armando un escenario clandestino en la terraza de un edificio bajo mientras una multitud se agolpa en las calles y corta el tránsito frente a varios policías que, impotentes ante los hechos, no saben cómo actuar.

—Se va a enfriar —dice Mara.

Pero él no puede despegar la vista. Toca la pantalla y hace zoom en la multitud. Se detiene en esos rostros eufóricos ante la sorpresa del inesperado recital, los brazos en alto, algunos que saltan y una pareja que se besa. Vuelve a ampliar la perspectiva y ve que en la terraza siguen los preparativos y en las calles aumenta la presencia policial. Algo lo entusiasma, lo va llenando de energía. Siente ganas de estar ahí, entre esa multitud que, ahora, avanza a paso firme a pesar de los uniformados cuya presencia es cada vez más numerosa. Comienza «Where the streets have no name». El pie se le mueve al ritmo de la melodía. Su entusiasmo crece y el cuerpo, ahora, se balancea al ritmo la canción.

—¿Desde cuándo te gusta tanto U2? Vení que si hay que calentar los fideos de nuevo vas a comer un puré.

La multitud aumenta y él se acerca de nuevo a la televisión, toca la pantalla, esta vez para subir el volumen y se afirma ahí, envalentonado, ahora casi a los gritos, repitiendo un estribillo que no entiende o

dando aliento a la banda y a esa gente para que la policía no avance, para que no les corten la fiesta. Su hija lo mira y se ríe a carcajadas.

—Papi, ¿qué pasa?

Esas palabras se sincronizan con un policía que sube varias escaleras mientras la cámara lo acompaña, hasta llegar a la terraza. Ante la mirada pasiva e impávida de Bono el recital se agota y la multitud, supone, se dispersa. ¿Bajo los palos de la policía? No lo puede ver, pero lo imagina como cierto, verosímil. Y ahí es cuando el cuerpo parece dejar de pertenecerle y el cansancio del día, del mes, del año, todo se le viene encima. Se sienta a la mesa y junto al plato de fideos casi fríos ve uno de los dibujos de su hija donde está él, con el gorro de vigilante, mirando hacia fuera de la escena, como si quisiera decirse algo; él, ante una representación de sí con una cabeza enorme y el traje azul. Mastica esa pasta aceitosa hasta terminarla. Su hija le pide de ir a dormir. Duerme.

A la mañana siguiente se pone el uniforme, la gorra, besa a Violeta en la cabeza, a su esposa en la punta de la nariz, y parte hacia otro día de trabajo.

AHORA PISÁS VALLE

FLOR CANOSA

Te preparaste para bajar pero el tren sigue de largo. Cuando mirás por la ventanilla, apenas ves campo, alambre de púas y vacas. Pasa el guarda del tren y te parece rarísimo porque estás convencida de que los trenes ya no tienen guarda, menos con esa maquinita perforadora. Pero hace tanto que no tomás un tren que pensás que la equivocada sos vos. Aprovechás y le preguntás al guarda por qué no se detuvo en Valle y el tipo te mira como si le hubieses preguntando cuándo llegan a Moscú o Río de Janeiro y no a un mojón en la interminable planicie de la provincia de Buenos Aires. Sin mirarte, te recita las estaciones como un rezo. Pasa de Villanueva a Valdés, salteándose Valle que justo está entre esas dos. Y se lo hacés notar. Ese pueblo no existe, señora, te dice. Le querés discutir un poco pero no te sale la voz. Por adelantado te agota la negativa futura y el tipo ya se alejó perforando cartones. Vos no tenés cartón, subiste con la tarjeta. Te encantaría perseguirlo y pedirle una explicación razonable pero no le encontrás sentido a insistir con que vos naciste en Valle hace cuarenta y cinco años. En definitiva, no te manejas nada bien con los conflictos, enseguida te resignás a que la razón deba ser del otro. Aún en esto que pone en tela de juicio tu cordura y toda tu infancia.

Te bajás en Valdés, no te queda más remedio. Son unos diez kilómetros hasta el límite de Valle. Diez kilómetros de campo, vacas,

alambrado, bosta y todo aquello que decidiste dejar atrás para, al menos, fracasar entre cemento y luces de colores.

Te guía el instinto y los recuerdos del cuerpo. De la mente hace rato que borraste los datos de navegación pero adentro te quedaron los resabios de una brújula que ahora te lleva directo al cartel que anuncia que, a partir de allí, la misma ruta y el mismo paisaje, los mismos silos y los alambrados y los vacunos y la bosta tienen otro nombre.

Ahora pisás Valle.

El pueblo existe, lo dice el cartel, a pesar del guarda y del tren que no se detiene más. No pensás que saltarse el pueblo sea magia, pensás en neoliberalismo. Sentís el impulso de sacarle una foto al cartel para mostrarle al guarda en un eventual reencuentro o para mostrarte a vos misma que no estás loca pero tanteás en el bolsillo del abrigo y no encontrás tu celular. Te da una especie de escalofrío en la panza, el vértigo repentino de haber perdido algo para siempre; no recordás cuándo fue la última vez que agarraste el celular y te debatís sobre la necesidad de volver a reclamarlo a la estación pero aquella pelea instantánea que se da en tu mente, tu cuerpo no la reconoce como válida porque seguís avanzando. Te olvidás del móvil al adentrarte en Valle. Te distraés pensando en que un nombre de pueblo no hace, en definitiva, ninguna diferencia; no cambia los colores ni la gente ni las tonadas. La remota provincia de Buenos Aires es una topografía uniforme y sus habitantes una suerte de memoria colectiva. La ruta no dice nada en especial sobre Valle. Pasado el cartel, pasado el silo grande, son unos tres kilómetros hasta que empieza a parecerse a una zona más urbana, aunque «urbana» sea una nomenclatura demasiado generosa para Valle. En el campo las distancias se miden distinto. No podés decir cuadras, contás kilómetros y entonces las fábricas y los galpones se convierten lentamente en casa-quintas y luego en casas sin pileta ni jardín para después volverse casas y departamentos equidistantes entre sí, de no más de dos pisos. Todo está tal como lo recordabas, como la última vez que lo viste, congelado en el tufo noventoso.

Estos pueblos atrasan treinta años, pensás. Ves brillante y nuevo el último chalet que se había construido. La moderna casa de los Fernández que tardaron como diez años en terminar y pusieron el último detalle allá por 1997, con sus tejas coloradas, sus ladrillos a la vista. Luce como estrenado ayer, hasta con las aureolas de cemento en la vereda, ahí mismo donde los albañiles improvisaron su obrador y apilaban arena y ladrillos. Te acordás patente porque desde los nueve años jugabas en esos cúmulos de arena, aunque te dijeran que por la noche ahí meaba un croto. Y te acordás patente porque los obreros la terminaron cuando ya eras una adolescente a quien le gritaban que le iban a chupar el orto y te costaba entender qué era eso, cómo funcionaba.

Te parece raro ver la casa reluciente, como recién nacida, pero creés que estás sugestionada por el cansancio, la impotencia y la caminata desde la estación vecina. Tu mente te obliga a armar una narrativa que justifique el descalabro y te convencés de que tal vez tiraron la casa abajo y la volvieron a construir —idéntica a sí misma— el año pasado. Sí, esa idea ilógica parece tener más lógica que la verdad. Y entonces seguís y todo está tan igual a tu recuerdo que sentís un nudo en la panza. Pero todavía no te diste cuenta de lo que pasa. Te dan ganas de decir algo en voz alta pero te controlás porque el silencio es tan profundo y familiar que te creés capaz de romper el pueblo en dos con una palabra. Caminás tres cuadras más y te cruzás con Nelly, la gallega, la vecina del perro salchicha. Te saluda con un movimiento de cabeza y tironea de la correa de su salchicha que parece ser el mismo de hace treinta años y te preguntás, entonces, dos cosas: ¿cómo puede haberte reconocido veintisiete años después y cómo está viva si se murió hace veinticinco años? Así te lo preguntás, no te planteás el sinsentido.

Pasa Nelly y enseguida ves al Beto lavando su cupé Fuego y ahora medio que entendés. Porque el Beto, que se murió en la ruta hace diez años, está lavando el coche con medio culo afuera del pantalón y te ignora como lo hacía cuando eras su vecina de enfrente. Medio que entendés, también, porque en diagonal está la casa de

tu infancia, de tu adolescencia, donde vive tu viejo solo ahora, o así debería ser, si existiera algo tan sencillo como «ahora» en este espejo distorsionante en el cual se volvió la realidad. Porque en el balcón ves a tu vieja regando el malvón, tu vieja que se mudó a Capital en el 99, cuando se lo pediste, vivió dos años con vos y se murió de cáncer.

Cuando lo enunciás por primera vez en voz alta, es que empieza a suceder. Antes de eso no es más que una idea rebotando en las conexiones nerviosas de tu cerebro. El sonido desprendido de tus labios materializa el concepto y lo vuelve real. No hay una explicación científica ni tampoco alguna del terreno de la magia. Hay gente a la que le pasa y, como vos, rara vez se entera.

En aquel entonces, hace veintisiete años, la sentencia salió de tu boca casi reptando por la faringe; un murmullo para vos misma flotando en la humedad del ambiente. Fue la primera vez que una frase tuya se convertía en conjuro. Podrías haber dicho «qué calor». Podrías haber repetido, como todo el tiempo que viviste en ese lugar, que estabas harta de esa cualidad pegajosa que volvía la atmósfera palpable y la humanidad insoportable. Pero lo que te expulsaba de Valle no era del orden de lo meteorológico. Por eso, elegiste decir otra cosa:

—Este pueblo está maldito.

Veintisiete años atrás lo dijiste, antes de subirte al tren con una promesa que no te quedó más remedio que quebrar ahora, veintisiete años después de esa frase y de rebobinar el recorrido en el tren que te tragó y hace unas horas te escupió de nuevo en las cercanías del pueblo.

Porque vos hacés con la boca, con la lengua, con la enunciación.

Como esa vez que, aunque llevaras meses masticando una decisión, recién cuando pudiste expresar en voz alta frente a tu amiga «ya no lo quiero, se terminó». Y entonces se hizo posible terminar. El mecanismo de tu vida está inevitablemente aceitado con palabras pronunciadas. No es una coincidencia, no es auto convencimiento.

Como esa vez en que el profesor de semiología del CBC te tomó de punto y, en voz bajita, le dijiste a Carolina: «ojalá se muera» y el profesor de semiología murió a las dos horas atropellado por un colectivo que andaba fuera de recorrido.

Por suerte, no sos una persona locuaz ni mal intencionada. La mayoría de los malos deseos te los guardás para vos misma. Te da vergüenza maldecir y eso te salva. Si no, esta sería la historia de una masacre y no la de una pequeña tragedia personal que afectó a un puñado de habitantes que, desde hace casi tres décadas, nadie recuerda. También ese ostracismo tuyo empuja a que no consigas que nada maravilloso te suceda a vos ni a los que amás porque así sos, más silenciosa que el resto y sin talento para los buenos deseos. Tu silencio te conserva del dolor y también de la alegría. No supiste nunca que podrías haberle pedido a tu vieja, en voz alta, que no se muriera tan pronto, que se mejorara, que viviera muchos años más. Si lo decías, se volvería real. Pero apenas tuviste el coraje de pedirle que dejara de sufrir. Y así lo hizo.

Entonces, aunque no lo sepas, hace veintisiete años le echaste una maldición al pueblo y ahora tuviste que volver y ya no te acordás por qué tuviste que volver. Querés recordarlo pero en tu mente hay un agujero. Ese agujero que se chupó una gran parte de lo que creías ser te hace entender que, si te mirases en un espejo, comprobarías que tenés nuevamente diecisiete años porque la maldición que escupiste sobre el pueblo lo dejó congelado en sí mismo viviendo un eterno 1997 aunque no consigas cazar cómo es el funcionamiento del mecanismo que deja el tiempo suspendido.

No te da la psiquis ni la emoción. Te quedás mirando a tu vieja desde abajo y ella no te ve. Está regando los malvones, como siempre a esa hora del día. La ventana de la ochava es la de tu cuarto. Imaginás las paredes pintadas a la cal y los cuatro pósters raídos: Michael Jackson, todavía negro, apoyado sobre su cadera, con un traje blanco, un poema de Kalhil Gibrán sobre que los hijos no son tuyos, el rostro plácido de Mercedes Sosa y la tapa de The Wall. Ahora

estás parada frente a la puerta de entrada. Sabés que está sin llave porque en el pueblo nadie cierra. Te recibe el olor a humedad, a café y a kerosene de la estufa que quema mal. Detrás de eso hay olor a bife, lo único que cocinaba tu vieja al mediodía, todos los mediodías de tu infancia. Subís al primer piso sin mirar el comedor y entrás a tu cuarto cuando tu vieja sale del balcón con el tarrito de regar los malvones en la mano y no sabés qué decirle porque ella no se alegra de verte, solamente te pregunta si te olvidaste algo que volviste tan rápido. Vos querés abrazarla; hace veintitrés años que la despediste en el hospital, enjuta, grisácea y cadavérica, con una mama amputada, la respiración cavernosa y el hígado carcomido por la metástasis; con el cuerpo lleno de morfina y los ojos prácticamente ciegos. La abrazás, contra todo. Veintitrés años con ganas de abrazarla de nuevo. Ella no entiende y vos, mientras la apretás calentita y rellena, con olor a vida, pensás que, sea lo que sea este sueño, tenés una oportunidad de cambiarle el futuro y alargarle los años. Pero ni la más pálida idea de cómo porque todo esto que te estoy diciendo, vos no lo escuchás, no te sirve de guía, no funciona más que como una voz en off que fue muteada y no le habla a nadie.

Sos totalmente ignorante del embrujo de tus palabras. Nada te preparó para hacerte responsable de que puedas tener injerencia sobre este hechizo. No entendés cómo es que hay una versión de tu vieja viviendo todavía allí pero no hay una versión tuya. ¿Será que en algún momento tu cuerpo de cuarenta y cinco se unió a tu cuerpo de diecisiete y se hicieron uno? ¿Eso es lo que sucedió o simplemente tu versión cuarentona se desintegró al pisar el pueblo? ¿Es un universo paralelo, es un universo duplicado, es un universo en donde el tiempo y la materia actúan erráticamente? ¿Por qué las dos veces que hablaste por teléfono con tu viejo no te dijo nada? Desde afuera (o desde el presente o desde el otro mundo, quién sabe) nada estaba corrido de eje como ahora acá. No hay explicaciones certeras y tampoco te hacés esas preguntas, esas me las hago yo que tengo que narrarte. Por desgracia, no puedo resolver las inconsistencias de lo que te está sucediendo porque no puedo inventar, solamente nombrar para que avance.

Lo único que te deja tu cabeza, a través de un resquicio minúsculo de autoconciencia es que, si esto fuera un sueño, vas a decidir soñarlo todo a tu antojo, al punto de que en ese momento, con el tarrito de regar los malvones todavía en su mano, convencés a tu vieja de que se vayan de esa casa, que huyan de tu viejo borracho y jugador que la faja más de torpe que de jodido, como siempre te explicó tu vieja. No sabés que lo que hacés no es convencerla sino que alcanza con que le digas en voz alta que se van de ese pueblo para siempre para que ella empiece a hacer las valijas para irse de ese pueblo para siempre con tan poca resistencia que te sorprende. Qué maldición es volver a ser tu yo del pasado pero con la cabeza de tu yo del futuro. Te alegrás un montón pero ese montón dura poquito. Porque es tu magia. Y hay un problema, siempre hay un problema.

El problema es que tus propias palabras no pueden contradecirse. Vos decís que se tienen que ir y con tu mamá llegan a la estación que existe, claro que existe. Pero ya dijiste hace veintisiete años o dentro de uno —difícil de definir el tiempo en esta anomalía— que ese pueblo está maldito, así que lo está. Estás en una disyuntiva, en una paradoja, justamente por todas esas preguntas que no pudiste hacerte y que no hay quién te responda.

Tu lengua podría deshacer la maldición. Pero eso implica que tu madre ya estaría muerta porque vos, en 1999, no la supiste dejar en el pueblo para que viva para siempre. Si vos la rescataste hace tantos años, ¿cómo es que ella, muerta allá, está de nuevo acá? ¿Será que todo lo muerto vuelve a quedar fijado en Valle, como en un purgatorio? De alguna manera, no saber que podrías romper la maldición es una bendición encubierta porque a qué momento de la vida iría todo a parar si la cronología se pusiera de nuevo en funcionamiento. En este instante, no querés que nada cambie; tenés miedo de despertarte y que la flecha vuelva al presente y tu madre desaparezca.

Sin saber cómo usar las palabras, estás condenada, como el pueblo. Mirás a tu mamá, su piel rosada, sus caderas amplias, la respiración mansa, los pechos intactos, el hígado sin mácula y sabés que ella fue lo mejor que tuviste. Que tardaste mucho en entender

que serías capaz de cualquier cosa por regalarle una vida eterna, aunque vos te condenes a un bucle. Te cuento, aunque no me escuches: quedate tranquila porque serás consciente de que estás atrapada en el tiempo y el espacio, en tu cuerpo de diecisiete y en tu vida monótona y violenta pero vas a encontrar cómo mitigar el pánico. Vas a pedirte calma, en voz alta. Vas a convencerte de que está todo bien. Son unos años; con el correr del tiempo, paulatinamente, irás olvidando que una vez saliste hacia la gran ciudad y viviste otra vida entera. No te va a importar, no se puede tener nostalgia del futuro.

Ahora, bienvenida a Valle, ese pueblo de mierda al que prometiste no volver y del cual no podés escapar dos veces. Ese pueblo maldito donde quedó atrapado lo mejor y lo peor de tu infancia.

LLUVIA FANTASMA

JUAN REVOL

—La lluvia fantasma trae desgracias —dice la abuela Mimi, la frente pegada a la única ventana del comedor y los ojos perdidos en el serpenteo del tráfico—. Y no lo digo yo, lo dicen todas mis amigas. No voy a salir.

La tarde se escurre por la ventana cerrada y echa luz sobre las manchas de humedad en las paredes. Cuando la luz alcanza el fondo del comedor, rebota en los portarretratos que esconden la humedad más grave y las fotos de Mimi con sus nietos parpadean.

—Pero, Mimi.

—No, Luisito. Ya les dije a vos y a tu mamá: no me molesten, no voy a salir.

Se sienta a la mesa y levanta una punta del mantel. Su nieto distingue, junto a las facturas de EPEC y las servilletas no tan usadas que su abuela esconde entre la tela y la madera, un billete de cien dólares.

—No dejes plata abajo del mantel.

—No es asunto tuyo.

Mimi separa una de las servilletas, limpia una mancha de labial rojo que colorea su dentadura y la vuelve a guardar bajo el bordado de flores y angelitos.

—Mimi —dice su nieto—, la lluvia fantasma no existe. Basta de este delirio.

La abuela vuelve a la ventana y olisquea el aire: un gesto de asco le gana la cara y hace resbalar su dentadura postiza. Cuando los dientes se adelantan a sus labios abollados, Mimi los acomoda con el golpe de dos dedos.

—Ya está cocinando ajo el boludo de arriba. Entre ese y la pen-deja maleducada del C me llenan la casa de olor. Pero el de arriba es peor, come en cualquier momento del día. ¿Qué hora es?

—Son las cinco.

—¿No irías a la farmacia a buscarme un Corega?

—Vamos juntos, abuela. Caminemos un poco y pasamos por la farmacia.

—¿Son las cinco, dijiste? —Mimi se sobresalta, flexiona la espalda y busca el control remoto en un cajón del mueble donde apoya el televisor—. Ya están dando La familia Ingalls. Será un programa viejo pero es lindo. Ya me han cansado las noticias. Choros esto, choros lo otro: todos los noticiosos pasan lo mismo, y en ninguno hablan de la lluvia fantasma. Pero bueno, mejor ni enterarse. Tengo ganas de que pasen alguna novela como la que daban a la noche, esa que salía Vicuña y se llamaba Argentina—algo. Qué buen mozo ese Vicuña. Me encanta, me encanta cómo trabaja. ¿Querés mate?

La abuela Mimi prende el televisor, busca su canal y sale al pasillo del departamento. Luisito baja el volumen y se masajea las sienes. Desde arriba de la tele, la mirada cansada del retrato de su abuelo cubre el comedor. Mimi vuelve con la pava y su mate de chapa.

—Lo hice recién —dice, y sorbe la bombilla hasta hacerla sonar—. ¿Te gusta dónde puse el cuadro? Le dije a tu hermano que me lo colgara acá, antes no le daba luz. El otro día vino la Laurita y lo vio. No sabés cómo se emocionó: «¿Cómo hizo ese chico para pintar eso tan difícil?», decía, «¡Es la viva expresión de Ángel!». Y la Laurita de pintura sabe porque su hermana era artista y porque ella ya ha hecho todos los cursos de pintura del UPAMI. Antes del desastre de la lluvia fantasma, cada vez que yo salía de acá lo primero que hacía era saludar a tu abuelo: me paraba frente al cuadro, le daba un beso con la mano y recién después me iba.

—Podrías hacerlo de vuelta y salir.

—¡Ay, Luisito! Lo veo y me parece que Ángel está ahí. ¡Qué maravilla! ¿Cómo has podido pintar eso?

La abuela pasa el mate, Luisito se quema la lengua.

—Está hirviendo.

—Ya se va a enfriar.

Una paloma se para en el alféizar de la ventana, lleva en el pico un pedazo de manzana ennegrecida. Cuando está por apoyarlo en la repisa de cemento, Mimi golpea el vidrio y la espanta. Miran por un rato La familia Ingalls, hasta que un celular vibra en la otra punta de la mesa.

—Mimi.

—¿Ah?

—Te están llamando.

La abuela suspira, se levanta y atiende. Antes de volver a sentarse, golpea la ventana y ahuyenta a una paloma a punto de aterrizar.

—¿Hola? ¿Sí? ¿Quién habla? No, no: está equivocado. No sé porque yo no vivo acá: estoy atendiendo de casualidad el celular, no soy dueña de casa. Buenas tardes.

—¿Quién era?

—Los boludos de Claro. Siempre llaman con ganas de joder. En un rato empieza el programa de preguntas del Guido. ¿Te querés quedar a ver? Los otros días fue un señor que ganó nueve millones. ¡Nueve millones! Pero todo era para el hijo que estaba enfermo, pobrecito.

—Yo vine a pasear con vos, no a ver televisión.

—Vos viniste a compartir. Después dan el programa ese que cocinan. Es lindo. El otro día hicieron una torta que era el postre favorito de la Lady Di.

—No voy a quedarme a ver la tele.

Luisito saca de un bolsillo un paquete de tabaco, sedas y filtros: Mimi alterna la mirada entre sus manos liando un cigarrillo y la tarde opaca que se extiende más allá de la ventana.

—¿Me armás un sarche? —pregunta. Luisito arma otro, se lo pasa y acerca la llama de su encendedor al cigarrillo que cuelga de la dentadura floja. La abuela da una calada honda, tose y escupe.

—¿Estás bien?

—Qué rico que está.

Una nube espesa pasa y ensombrece el cielo. Mimi le pasa el mate y el termo a Luisito y despeja un rincón de la mesa: apila papeles, remedios y bolsas de súper vacías, las apoya sobre el costurero que está en la otra punta y se sofoca. Guarda en el mueble de la tele su radio portátil y el tensiómetro digital, busca en uno de los cajones un cenicero y lo instala en el centro del espacio liberado.

—Mimi —dice Luisito, un anillo de humo encastrado en cada sílaba—, ¿quién te metió en la cabeza lo de la lluvia fantasma? ¿Lo viste en la televisión?

—No me hagas hablar. —La abuela busca la servilleta que escondió abajo del mantel y se seca dos lágrimas ligeras. Vuelve a guardarla—. La otra vez sacaron en el canal de turismo un pueblo de Italia muy chico, muy pintoresco. ¡Ay, Italia! ¿Qué hermoso, no? Qué lugar divino: La Toscana, Milán, Venecia, ¡toda esa parte! Mi mamá decía que cuando vino en el barco pasaron tres días en Nápoles y su papá la llevó al cementerio para ver las estatuas. Y, la otra vez, pasaron en la tele que ese cementerio es famoso por las estatuas. Mi mamá siempre se acordaba de eso. Yo le decía: «¿Cómo te acordás de eso si tenías ocho años?». Y ella decía: «Hay cosas que impactan». Me hubiera gustado conocer Italia. Pero viste cómo era el abuelo. A Madrid lo conocí bien la segunda vez que fui, cuando fui sola y allá me encontré con mi prima. Andaba con una amiga suya que se llamaba Dora y una amiga de su amiga que se llamaba Besi, digo que se llamaban porque las dos ya se murieron. Andaban de festejo porque la Besi se acababa de jubilar. Con ellas conocí todo lo que no había conocido con el abuelo cuando lo acompañé a no sé qué cosa de la Universidad de Madrid. ¡No salía! ¿Podés creer que se pasó todo el viaje en el hotel con la computadora? Yo le decía: «No, yo acá adentro no me quedo». Y me iba a caminar. Viste que soy culo inquieto.

—Sí —dice Luisito, y arma otro cigarrillo—, sos culo inquieto, pero inventás cosas raras para no salir.

—Vos no te das una idea de lo que hace la lluvia fantasma, cómo le arruina la vida a la gente. Yo ya la vi de lejos: supe que era eso porque se veía distinta a la lluvia común, más verdosa. Además, no tenía olor a lluvia: olía a hojas podridas y a cables quemados. Solamente la vi a la distancia, mientras bajaba por la Cañada. ¿Y sabés qué me pasó? No te das una idea de cómo me duele el estómago todas las mañanas. Algunas veces me despierta el dolor, otras me empieza a doler al rato de que me despierto. Ponele que me despierte a las siete, siete y media: son las diez, más de las diez y todavía me duele. Desde que la vi, es muy raro que algún día me levante sin dolor.

—¿No te parece que las causas pueden ser otras?

Mimi salta de la silla y le da a Luisito un golpe suave en una oreja.

—La lluvia fantasma no es algo de la cabeza —dice y se toca el pecho a la altura del corazón—. «Ansiedad generalizada», me pone el boludo del psiquiatra en las recetas. Yo lo quiero cambiar y tu mamá no me deja. Dice que es difícil encontrar un psiquiatra bueno: eso es verdad. Hay muchos cagadores dando vueltas, como el sobrino de la Marta, pobrecita. Iba caminando con el andador y tenía una señora que estaba con ella todo el día, una peruana, muy buena era, que un día le dijo: «Marta, yo tengo una habitación que está vacía, si usted quiere venir a mi casa, yo la cuido allá». Pero el sobrino ese que es psiquiatra la llevó a un geriátrico y en vez de ponerla en la parte de la gente que está bien de la cabeza la dejó donde están todos esos medio perdidos. Y la Marta, ¡jay! Dos veces, tres veces fuimos a verla con la Laurita y la Teresita porque no quería comer. Qué tipo desgraciado. Como la Marta le iba a dejar su departamento, ¡la metió en el geriátrico y lo alquiló! Un día, la Marta llamó a la Mecha y le dijo: «Mecha, yo ya no aguanto más acá: me voy a tirar por la ventana». Y la Mecha nos llamó a la Teresita y a mí y nos fuimos volando a verla. Claro que iba a estar así, si no tenía con quién hablar: la tendrían que haber puesto en un lugar con gente que esté bien. Hay mucha gente que está bien y quiere estar ahí. La Marta le pedía al sobrino que por lo menos le llevara su televisor y nunca se lo llevó. Y eso que la Marta se ha cansado de llevarle los chicos a

inglés, a violín, a esto, a lo otro, siempre en taxi. Y después a tomar el té al Patio Olmos. Qué desgraciado ese tipo, la va a pagar. ¿Y sabés cuándo empezó todo el tormento de la Marta? Cuando la tocó la lluvia fantasma en la esquina de Jujuy y 9 de Julio. Dice que fue impresionante: veía que las gotas le caían encima pero ella seguía seca, el agua desaparecía cuando la tocaba.

Atardece y distintos tonos de naranja enfermo inundan el comedor. Las fotos del fondo ya no parpadean, el relieve del óleo que delinea los párpados en el retrato de Ángel proyecta sombras débiles: el abuelo ahora los mira más cansado y menos parecido a lo que era. Mimi apaga el televisor. Luisito se levanta y abre la ventana.

—¿Qué hacés?

—Para que entre un poco de aire.

—Así se meten palomas —dice Mimi. Y golpea a su nieto en la otra oreja.

Luisito resopla y abre su mochila. Saca un cuaderno, un fibrón, dibuja un águila y lo pega con cinta scotch contra el vidrio de la ventana corrediza, la cara dibujada hacia el exterior.

—Ya está. Las palomas no saben si este bicho es falso o verdadero: se van a asustar y no van a venir.

—¡Ay, Luisito! —dice Mimi, los ojos tiroideos empañados de emoción—, qué artista que sos. Qué dibujo. Y tan rápido: qué habilidad. ¿Me hacés otro sarche?

Fuman mientras baja el sol y las palomas buscan los restos del día en las veredas. El tráfico se congestiona y las calles se vuelven más ruidosas, Mimi se queja. Los edificios que ven desde la ventana van fundiéndose en una masa de contornos afilados: en pocos minutos, la ciudad se transforma en una sombra de monstruo.

—Es dudoso, Mimi —dice Luisito. Y forma tres anillos en el aire.

—¿Qué cosa?

—Lo de la lluvia fantasma. Quizás a la Marta tiene que verla un psiquiatra o un psicólogo.

—Luisito: no lo dice solo la Marta. A todas nos pasó. Algunas la vimos desde lejos, a otra les cayó encima. La Teresita la vio y se le

murió la tortuga. La Mecha también y ya no le cubren los remedios que toma para el alzhéimer. La Susy no la vio pero conoce a una señora que la lluvia la tocó y al día siguiente tuvo un ACV. Ya estás como tu mamá que además del psiquiatra quiere enviarme al psicólogo. Yo una vez fui a una que era una vieja muda pero después no fui más porque era en la loma de la mierda y ella no me gustaba. Yo no digo que los psicólogos no sirvan pero ya estoy grande para andar contándole mi vida a un desconocido. ¿Me hacés otro?

Mimi saca una pastilla de un bolsillo, la toma sin agua y se empostra otro cigarrillo en la boca.

—¿Las tomás así?

—Y sí —dice Mimi, la luz del tabaco prendido temblando en su mano—, ya me acostumbré. Nunca me imaginé que iba a tener que tomar tantos remedios para dormir, para calmarme. Porque yo, cuando el abuelo vivía y estaba casi las veinticuatro horas atrás de él controlando que no se cayera, me cansaba pero no estaba nerviosa, ¿me entendés? Yo me levantaba, le hacía el desayuno y la vida seguía. ¡Ay! A mi mamá, que era tan arrebatada y se cayó un montón de veces, no la ponía nerviosa nada. Nunca tenía miedo. El abuelo era tranquilo pero muy miedoso, ¿viste? Se la pasaba sacándose radiografías para ver si el clavo de la pierna no se le había movido, pobre.

—Y ahora estás tan miedosa como el abuelo.

—¿Y qué querés? Ver esa lluvia me ha dejado mal, muy mal. El miedo mío es distinto. Antes, cuando yo salía a la calle, también tenía miedo. Pero era otra cosa. Por ejemplo: hace más de diez años, me sacaron una cartera hermosa que me había comprado en La Cumbre. Estábamos por ir con el abuelo a una reunión de la Academia de Ciencias Médicas y después había un brindis porque estaba no sé qué profesor de Estados Unidos, así que dije: «La voy a llevar». El brindis no fue ni fu ni fa: nos volvimos temprano y cuando entrábamos al edificio apareció un tipo, me sacó la cartera y se fue en una moto. Esas cosas me daban miedo pero era un miedo normal.

Luisito suspira.

—¿Qué Corega necesitás?

—De ninguna manera —dice Mimi—, no vayas ahora. Ya es tarde, la mando a la Miriam mañana a la mañana. Quedate un rato más acá. Qué bien que has hecho este pájaro, Luisito. Qué artista. ¡Ay, la Laurita, cómo se emocionó cuando vio el cuadro! ¡Lloraba, lloraba y lloraba! Porque ella tenía una hermana que también pintaba como vos. Y pintaba muy lindo. Y resulta que, bueno, pobre, vivía sola y se murió. Y en un momento los vecinos empezaron a sentir el mal olor. Y, ¿sabés qué, Luisito? Te digo más: en el velorio, una amiga de la hermana le contó a la Laurita que dos días antes había hablado con ella. ¿Sabés qué le había dicho la hermana? Que había estado caminando por el centro y había llovido sin que la ropa se le mojara: lo mismo que contó la Marta.

—No sabía lo de la hermana de la Laurita. ¿Cómo está ella?

—Y, quedó mal. Sobre todo porque hacía muchos años que por diferentes ideas estaban peleadas. Pero vos no te podés pelear por esas cosas. Mi hermano es peronista. Yo no soy peronista ni nunca lo he sido. Mi mamá lloraba porque mi hermano era peronista. Pero, ¿qué le vas a hacer? Cuando uno sabe que la gente tiene otras ideas, ¿para qué te vas a poner a discutir? Eso decía siempre el abuelo. Yo no lo cambiaba por ninguno porque era una persona muy buena, muy comprensiva. Como yo lo quería y él me quería a mí, tratábamos de que la vida fuera una vida buena. Él era muy distinto a mí: se ponía con la computadora o a leer. Y yo me iba. Yo salía pero él no me decía nada, a él no le gustaba salir y respetaba que a mí sí. Siempre se quedaba leyendo o escribiendo o inventando. Cuando peleábamos por algo con lo que no estábamos de acuerdo, nos quedábamos callados y después todo seguía como si no hubiera pasado nada. Eso me gustaba. Porque hay personas que no son así, ¿viste? Otros son rencorosos y siguen jodiendo.

Luisito mira su celular.

—Mimi —dice, y se aleja de la ventana—, en un rato me tengo que ir. ¿No querés que salgamos aunque sea a la terraza? Si aparece la lluvia fantasma volvemos a entrar.

—Vos no me creés —dice la abuela. Y hunde una colilla en la yerba fría del mate—, pero todo lo que digo es de verdad. Ojalá nunca te toque, Luisito. Ojalá.

—Dale, Mimi. Solo a la terraza. Vamos y volvemos.

Mimi suspira y se desploma sobre una silla. Mira durante algunos segundos el televisor apagado. Se acomoda los dientes.

—Está bien. Solo a la terraza.

La abuela se anzuela al brazo de su nieto y salen del departamento, llegan al ascensor. Cuando las puertas de metal se abren, Mimi le impregna un beso carnoso en el cachete y suben sin separarse. Los espejos enfrentados del ascensor multiplican la figura del abrazo: arrugas, dientes postizos, barba y cigarrillos se abisman al infinito como los bordes del tiempo. Llegan al último piso, salen a la terraza.

Un viento algodonado despeja sus pensamientos y hace volar algunas bolsas de basura. Caminan hasta la baranda y hunden la vista en la ciudad. El cielo ya incuba la oscuridad tibia de las noches de verano, los autos y semáforos se enmarañan en el asfalto y forman nebulosas de neón. Una bandada de golondrinas sobrevuela los edificios, dos torres de telecomunicaciones enmarcan su trayecto.

—Hace varios años —dice la abuela Mimi y señala el último piso del edificio del frente, en ese edificio, habían puesto dos halcones que no eran halcones, eran un poco más chicos, no me acuerdo cómo se llaman, ¿aguiluchos? Los habían puesto porque el edificio se llenaba de murciélagos y palomas y era un asco. Con el abuelo veníamos a la terraza a verlos porque salían del techo a ochenta y aterrizaban sobre las palomas. Muchas veces hemos visto que las agarraban con el pico y después volvían al último piso. No sé qué es lo que hay ahí, si una caja negra o qué. La cuestión es que ahí se metían pero ya no los he visto más. ¡Ay! Era hermoso, eran tan grandes.

A unas cuadras, las campanas de la catedral retumban y gotean sobre el tráfico sus notas oxidadas. Mimi tiembla.

—¿Qué pasa, abuela?

—Quiero volver a misa de once —dice, las manos enraizadas en los brazos de su nieto.

Luisito acaricia su espalda, se inclina y le da un beso en el centro de la permanente.

—Y volvé, abu. La lluvia fantasma no existe.

—Algún día, quizás. Pero no mientras esa porquería siga arruinándole la vida a la gente.

La primera y única estrella de la noche aparece entre las torres de telecomunicaciones.

A kilómetros del edificio, sobre una esquina oscura, Luisito distingue algunas nubes que se anudan en un espiral musgoso.

—¿Vamos adentro?

La abuela Mimi da la espalda a la ciudad y se saca la dentadura.

—Vamos, Luisito. A esta hora se levanta un viento fresco que siempre me deja jodida. Eso me pasó el martes por andar saliendo al balcón. ¡Una diarrea! Por suerte tu mamá me había dejado remedios. Soy como el ave fénix: resucito. Dios me ayuda.

VILLA ANAHITA

RUIN PORN

ANA LLURBA

VICENTE

Las vi entrar y salir del hotel. De la puerta de roble de otras épocas ya no quedaba nada más que unas tablas reventadas por la carcoma y la humedad. Aquella noche, como las anteriores, salieron de nuevo en fila india, descalzas. Con sus abdómenes rollizos a punto de desbarrancarse de las camisetas promocionales de marcas que ya no existían. Los brazos, fuertes, recorridos por ríos de venas fibrosas. Las arrugas y los mechones de canas campeando por sus rostros envejecidos. Más que derrotadas, parecían mujeres incompletas. Como si la Inundación se hubiera tragado una parte de ellas y a cambio les hubiera dejado solo aquellos signos del paso del tiempo.

Enfilaban hacia la playa. Llevaban sandías, velas, coronitas de retama, barquitos hechos de madera balsa, pedazos de palo santo y una bolsa de plástico transparente cargada de huesos. Habían llegado a Villa Anahita solo unos días antes en una Chevrolet a la que se le cayó el guardabarros apenas estacionaron frente al hotel. Sacudieron, lavaron y organizaron los pocos muebles que no se habían podrido al contacto permanente con el agua. Baldearon el piso del patio de entrada que comunicaba directamente con la playa. Al principio eran solo cuatro. Después se les sumaron tres más. Conocía sus caras. Las había visto llorando frente a las cámaras de

televisión. Eran las madres de las chicas que se ahogaron durante la Inundación. Empujaron la puerta de entrada del hotel y se instalaron ahí. No era su casa. Tampoco la mía. ¿Quién las habrá guiado de nuevo hasta acá?

Aquella noche esperé a que Teo se quedara dormido. Entonces volví hasta el hotel. Necesitaba saber más. Necesitaba saber por qué habían vuelto. Ya no quedaba nada en Villa Anahita, solo un manojo de escombros, cimientos herrumbrados y las toneladas de basura que el mar vomitaba acá. Observé su procesión. Las seguí hasta la playa. Armaron una hoguera, rompieron las sandías, les insertaron las velas adentro. Entregaron las ofrendas de barquitos tallados en madera balsa y las coronitas de retama. Quemaron el palo santo. Se tomaron la ginebra.

Oh, Yemayá,
escucha a la sangre
huele a fiera
a estrellas crucificadas
a gata pariendo
en el mar...

Cantaron durante un rato, al igual que las otras noches. Tenía que deducir cuánto tiempo se quedarían en el hotel. Me di la vuelta y volví con sigilo sobre mis pasos hasta la ruta hacia Puntamar, el pueblo de al lado. González pasó a buscarme en su camioneta unos minutos después.

TEO

Aunque sabía que era peligroso, el papá había decidido que nos instaláramos acá, en el primer piso de la capilla. Como no estaba en primera línea de playa, había sido menos afectado por la Inundación. Pero quién sabría hasta cuándo aguantarían los

cimientos y la enclenque escalera de madera. Sin embargo, el papá insistió con que nos quedáramos. Hace un rato me despertaron los crujidos de la escalera. Me di media vuelta y su catre estaba vacío. Conteniendo la respiración y sin hacer ruido, me bajé del mío. El papá bajaba por la escalera descalzo, a tientas. Salió de la capilla y se volvió a poner las sandalias. Hacía días que andaba obsesionado con esas viejas tristes y lloronas que habían vuelto a Villa Anahita después de la Inundación y se habían instalado en el hotel.

Una tarde en que lo acompañé hasta allá escuchamos unos ladridos. Yo salté de la emoción porque pensé que era la India. Pero no. El papá me agarró del brazo para que no saliera corriendo tras él. Era un pastor alemán con una pata mutilada hasta el codo. Susurrando, me prometió que me lo traería. Por eso, pensé que a lo mejor esa noche necesitaría que lo ayudara a agarrarlo, así que lo seguí de lejos hasta el antiguo hotel. Las siete mujeres caminaron en procesión hasta el comienzo de la playa. El papá se quedó contemplándolas un rato mientras quemaban ofrendas en una fogata y le cantaban al mar. Después se alejó hasta el camino a Puntamar. Y unos minutos después escuché cómo la camioneta de González paraba. Vi la polvareda que levantaron al alejarse por el camino. Como yo, el perro rengo andaba merodeando alrededor del grupo de mujeres. Me arrastré por la costanera hasta acercarme lo más que pude.

Oh, Venus germinada en la Vía Láctea
belleza oscura sembrada en el mar
devuélvenos lo que te pedimos
y te daremos lo que quieras.

Las oí cantar y bailar, concentradas. Ninguna miraba al perro. Una de las mujeres se desnudó. Otra sacó un facón de su morral. Tomó la mano derecha de la que estaba desnuda y le hizo un corte. La mujer gritó. La otra la forzó a arrojar la sangre sobre un montículo de huesos entre las sandías con velas incrustadas en sus corazones. La mujer se sentó y otra se levantó. Siguieron así hasta que las seis mujeres

restantes completaron el ritual. Después, todas se acercaron al mar y arrojaron las cenizas de las ofrendas quemadas, los barquitos de madera y las botellas con ginebra. Al finalizar, volvieron hacia el hotel. El perro rengo se quedó solo trotando por la playa. Lo perseguí durante un rato hasta que pude atraparlo. Su penetrante olor a humedad me escaló por la nariz. Corrí de nuevo tras él mar adentro. Se me escabulló. Y entonces una lengua oscura me tragó.

CELESTE

Me desperté de golpe, como expulsada del interior de algo. Aún sentía el aliento a plástico y nafta quemada entre mis huesos. Aquel mar intoxicado me había vomitado en la playa. Me acomodé el camión chapoteando en el agua turbia. En esa mancha móvil de petróleo y basura que seguíamos invocando como el mar porque nuestra imaginación no podía apuntalar otras certezas sobre lo que ahora habitaba allí. Una marea de espuma pútrida se replegó entre mis dedos en el silencio cortante de la noche. Flexioné las rodillas, me levanté y empecé a caminar hacia la costanera. Barquitos de madera, botellas vacías de ginebra, coronitas de retama, pedazos de sandía flotaban junto con envases de plástico en la superficie tornasolada del agua. Cuando alcancé la playa, cenizas dispersas, restos de una hoguera consumada se desparramaban con la brisa del atardecer. Huellas de pies. Muchas. Como de seis o siete personas que habían caminado recientemente desde el mar hasta la playa. Aturdida, las seguí, hasta que vi algo. Entonces, el perfil de Villa Anahita surgió, antiguo y de color bronce entre las sombras del crepúsculo. Escuché unos gritos a mis espaldas. Vi la cabeza de un chico peleando contra una ola de basura que se lo tragaba. Me hundí de nuevo entre las fauces de ese gigante dormido. Agarré al chico de los pelos y lo arrastré hasta la playa. Mientras le presionaba el pecho y le daba aire por la boca me dí cuenta que era él. Era el hijo de Vicente.

VICENTE

En cuanto se bajó de la camioneta, González se metió en el garaje de la caseta hecha de chapa que le habían asignado en Puntamar y salió de ahí con un cartel que decía *Villa Anahita Tours*.

—¿Y? ¿Qué te parece?

—Me gusta. Pero tengo malas noticias.

—¿Qué, aparecieron de nuevo los periodistas?

—No, un grupo de mujeres, unas vecinas lloronas. Han vuelto.

González bajó el cartel al suelo con preocupación. Con la mano libre se rascó la cabeza y musitó:

—¿Vos creés que se quedarán a vivir ahí?

—No, no creo. El problema es que se han instalado en el hotel.

—¡No puede ser! Tenemos que sacarlas. El hotel es el lugar de arranque del primer itinerario.

—Bueno, a lo mejor se quedan solo unos días. Imposible que se queden a vivir ahí.

—Ojalá —retrucó González mientras guardaba de nuevo el cartel de chapa. Y agregó— Ahora tenemos que pensar qué edificios están más seguros y cuáles no. Y a partir de eso organizar el tour: primero el hotel, después la capilla, el matadero, la pensión, el cuartel de policía, etc.

—Bien. Los revisaré esta semana.

TEO

—¡Respirá! ¡Vamos, respirá! ¡Respirá!

El aire me tocó bajo los párpados. Escuché el susurro del mar y abrí los ojos. Levanté la cabeza. Entonces, aquella chica dejó de clavarme las uñas en los brazos. A pesar de que le tosió en la cara, me sonrió. Tenía las encías negras y la piel pálida. El contorno de su cuerpo desnudo se transparentaba debajo del camisón empapado. Un calor me recorrió el cuerpo. Su cara me pareció familiar pero no recordaba de dónde. Seguía tosiendo el agua estancada en mis pulmones. Cerré

los ojos de nuevo. Y volvió la ola arrebatándome de la playa. La India corcoveando como si toreara al mar pero adentro del agua. Cuando los abrí de nuevo, ella, la chica, ya no estaba. La India que se había ido mucho antes, durante la Inundación, tampoco. Me levanté sacudiéndome la arena del cuerpo. Escuché los ladridos lejanos del perro rengo. Corrí hacia la capilla. Por suerte, el papá no había vuelto todavía. Subí la escalera. Escondí la ropa mojada y me metí de nuevo en el catre.

CELESTE

Desde la costanera intuía que la línea de horizonte que dibujaba lo que quedaba de Villa Anahita no era la de siempre. Los pocos árboles, los más añejos y grandes, estaban pelados. La mayoría de las casas se habían derrumbado y entre los escombros asomaban restos, fragmentos brillantes de vidrio, plástico y metal, como si la ciudad fuera el cuerpo de una mujer a la que hubieran rajado desde el cuello hasta la ingle y la hubieran eviscerado. Al otro lado de la estación de servicio en la entrada, una mole de cemento ascendía, intimidante. Como una deidad subterránea, sus dos torres laterales con sus ventanales rotos eran las córneas que se asomaban a ver qué pasaba en la superficie de este desierto. A su alrededor, esqueletos de sillas, una mesa sin una pata, un armario sin puertas que exhibía sin pudor su contrachapado interior, tablonces de madera, retazos de trapos rotos flamean al viento abrazados a los restos de madera y metal que se elevan desde esa superficie barrosa. Eran los restos de un naufragio tierra adentro. Al lado de ese hospital quedaba la pensión. Ahora ya no había nada. Seguí deambulando por Villa Anahita. Quería encontrarlo. Necesitaba encontrar a Vicente.

VICENTE

De vuelta de Puntamar, González me dejó de nuevo cerca del hotel y tuve que caminar desde ahí hasta la capilla. Desde la Inundación,

González evitaba internarse pueblo adentro. Decían que el mar podía volver a intentarlo. Que podía volver a tragarnos. Pero yo sabía que era por otra cosa. Sabía que las sombras y la basura que el mar había abandonado entre las ruinas de Villa Anahita podrían arañar el alma del ex intendente y espolearlo desde adentro con el fantasma de la culpa por la gestión negligente que había hecho de aquella catástrofe. Agarré unas mantas que habían dejado los del campamento de la Cruz Roja en lo que antes había servido de altar. Aunque había quedado una marca de un metro de altura que recorría la planta baja del edificio, gracias a sus sólidos cimientos de piedra, la capilla había resistido el embate del agua. Por eso me instalé con Teo acá, en el primer piso.

Además del hotel, la capilla era el único edificio en pie del que se tenía una panorámica completa de la playa de Villa Anahita. A diferencia de la otra gente del pueblo, nosotros no teníamos adónde ir. Yo había emigrado desde Catamarca de joven y todos mis parientes estaban o muy viejos o se habían muerto. La madre de Teo se había ido varios meses antes de la Inundación. Dijo que volvería. Pero no lo hizo. Y sus parientes nunca habían demostrado interés ni por el chico ni por mí. Subí la escalera y me acerqué al catre de Teo. Le acaricié la cabeza. Tenía el pelo húmedo.

—¿Anduviste metiéndote en el mar abierto para encontrar a esa perra estúpida?

Teo abrió la boca muy grande, como tomando aire para improvisar una de sus mentiras piadosas.

—No. Me metí un rato porque no podía dormirme.

—¡Que sea la última vez! Si te come y te vomita no te va a devolver igual— El chico me miró desde el fondo de sus ojos negros. Y asintió, asustado. El chico extrañaba a la India, y cada día se aburría más. Por eso estaba obsesionado con el perro rengo que habían traído esas mujeres que se instalaron en el hotel. Por eso lo dejaba meterse conmigo en la cama. Como ahora.

Mañana vendrán los albañiles de González para limpiar los senderos y organizar los escombros. Traerán guantes y máscaras. Después

de la última alerta de contaminación, nadie se animaba siquiera a tocar nuestra basura sin guantes. Tampoco querían ser filmados. Cada tanto aparecía algún trasnochado corresponsal extranjero. Los más profesionales habían llegado durante las primeras horas de la Inundación. Y después de grabar y sacar fotos a la gente atrapada en los techos, con toda su vida flotando debajo de ellos, se fueron. Los de la Cruz Roja se quedaron un poco más. Pero muy pronto los convocó alguna otra catástrofe lejana y atroz. Nos quedamos solo Teo y yo. Y entonces empezaron a venir una especie rara de turistas. Una que no había visto nunca, ni siquiera cuando Villa Anahita era uno de los pueblos más visitados en la costa atlántica. Esta gente venía sola, en coche o en combis, en grupos reducidos; también algún que otro reportero. Se pasaban horas paseando entre los escombros. En el hotel. En el banco. En el teatro. En el matadero. Algunas veces llegaban hasta la capilla. Casi nunca alcanzaban a llegar hasta la pensión. Los más intrépidos se desplazaban hasta la costanera. Esa muralla de ruinas. Observaban todo con una solemnidad que flotaba entre el duelo y el morbo. Entonces se lo comenté a González. Le hablé de aquellos grupos de turistas que no eran periodistas y que tampoco mostraban interés por la playa o el mar. Solo venían a pasear entre las ruinas. Y así, empezamos a organizar el nuevo negocio.

La cabeza del chico olía de forma diferente esta noche. Como si se hubiera puesto leche de coco en el pelo. Entonces intuí unos pezones asomándose debajo de un camisón mojado. Sus labios secos uniéndose a los míos. Debajo del pantalón de gimnasia, el pito se me puso duro. Abrí los ojos. Vi sus encías negras sonriendo y su piel pálida. No era Teo. No era mi hijo el que se había pasado de su catre al mío. Era ella. Era Celeste. Salté de la cama y salí corriendo hacia la playa.

TEO

Cuando me asomé por el boquete que llamábamos ventana para ver al papá corriendo hacia la playa, intuí esa sombra. La que me había

salvado de morirme ahogado. Ya no sonreía exhibiendo sus encías oscuras. Apoyó la cabeza en el hueco y se tocó el pelo. Lo llevaba suelto. Era largo, lacio y negro. Con su cuerpo descansando en lo que había sido el dintel de esa ventana se quedó contemplando el horizonte. La luz resucitaba al fondo de esa película aceitosa, con arco iris tornasolados en que se había convertido el mar. Me pregunto qué lo habría asustado tanto al papá. La chica tenía una pinta rara pero parecía inofensiva. Pensé que quizás el papá quería abandonar la capilla y Villa Anahita para siempre. Como habían hecho todos. Si él se quería ir, yo sabía una sola cosa: me llevaría al perro rengo conmigo. Como fuera.

CELESTE

Después de salvar al hijo de Vicente me acerqué al hotel. Un grupo de mujeres viejas se cambiaban para irse a dormir. Cuatro me señalaron con el dedo acusador como si fuera una aparecida, un fantasma. Y salieron corriendo en dirección contraria. Vicente, el hombre que me abandonó en el burdel de Villa Anahita, inconsciente, la noche de la Inundación, tampoco parece reconocerme. Me gustaba el efecto de la burundanga. Era una manera no adictiva de desconectar del mundo y flotar en una existencia plácida sin asumir riesgos. Al otro día, cuando la bruma en mi cabeza se despejaba, González me daba un poco de la plata que los hombres que dormían conmigo le pagaban. Vicente era uno de ellos. No entiendo por qué ahora no quería dormir conmigo de nuevo.

Lo que más me llamó la atención cuando pasé por la capilla fueron los sauces. Algunos seguían verdeando, otros tenían las raíces al aire debido. Para unirse en la continuidad, en ese laberinto de ruinas que era Villa Anahita ahora, mi mente sigue la huella del agua, como la sombra del pájaro, observo las rocas inmóviles en mi vuelo sutil. Despacio, en silencio, sin palabras, el altar del lugar y del momento se erige. Mi yo se pierde en un sacrificio digno de alabanza

y esa alabanza se hunde en el grito de ese hombre. El único hombre que deseé. Y que ahora me señala con pánico, a la vez que saltó corriendo de su catre, dejándome sola, con su hijo. Ahora ambos lo observamos desde el agujero que alguna vez fue ventana. Mientras él corre por la playa, una combi se ha parado frente a la playa. Los turistas curiosos se acercan a ver la costanera en ruinas. Mientras tanto, con Teo contemplamos cómo una ola tímida, como una lengua oscura, se asoma y crece, poco a poco, midiendo la distancia, acechándolos. A punto de tragárselos a todos. De nuevo.

NUESTRO MUNDO PLATEADO

EMILIANO SALTO

El auto recorre la ruta a una velocidad de ochenta kilómetros por hora. Del lado izquierdo, sobre la puerta, hay un cartel que dice «Tito turismo: viajes a la ciudad plateada – Chubut, Cerro Tejón», en letras rosas. Arriba del cartel, asomándose por la ventanilla del auto, está el codo de Tito. Los brazos son gordos como salchichas. Tiemblan y se tensan mientras su dueño habla. A su lado, en el asiento del acompañante, está David que destaca en la imagen con su pelo teñido de verde flúor. Paula y Nacho, en el asiento de atrás, completan el grupo de pasajeros.

David piensa qué decirle a Tito. No se le ocurre nada, se acuerda del último medimetraje documental que realizó; un trabajo sobre el significado de los foquitos baratos que colgaban de cables y alumbraban los pasajes de tierra en los barrios marginales de la ciudad. O algo así. El próximo documental de David iba a ser sobre los campamentos que se formaron alrededor de las gigantescas ciudades plateadas que aparecieron en los últimos meses.

La ciudad plateada aparece del lado derecho del auto. Las siluetas multiformes de los edificios alteran la línea recta del horizonte, como la representación gráfica de una onda sonora. Lo que los pasajeros del auto no llegan a ver es la figura de la criatura que sale de la ciudad en dirección al auto.

La criatura es criatura o monstruo o cosa porque nadie en el auto —o en el planeta— tiene un nombre mejor que ayude a describirla. Sin embargo, unas horas más tarde, Tito pensará que la cosa es parecida a una masa plateada hecha con efectos de computadora para

una película barata. La criatura se acerca al auto a una velocidad que no se compara con la de ningún animal terrestre. Las patas parecen no tocar el suelo. Como si su destino fuese hacia él en lugar de lo contrario. Por la velocidad, el animal no llega a ver una piedra pequeña en el camino que lo hace tropezar y rodar por el piso. La cara impacta contra el suelo tres veces y, para cuando el animal se incorpora y sigue la marcha, sus ojos están lastimados. Casi no ve. Al encontrarse con el auto no sería capaz de separarlo del resto de los elementos del paisaje.

Dentro del auto, en la guantera, el padre de Tito sonríe desde una foto gastada. Está en cuero y lleva puesta una malla. A su lado, Juan, hermano de Tito, con su pelo en corte de hongo, cierra los ojos y aprieta los labios como si acabara de comer algo agrio. A sus espaldas, un río detenido en el tiempo. Fuera de la foto, el río cambiaría mucho con los años. Juan no.

En el asiento trasero del auto, Paula se acomoda los anteojos de marco grueso y el rodete del pelo. Nacho muestra una media sonrisa y se ajusta una bufanda gruesa color marrón claro. Después, abre la ventana del auto y usa la cámara de su teléfono para grabar un video de la ciudad plateada. Trata de observar la ciudad directamente pero no puede. La imagen se le hace maravillosa e insoportable al mismo tiempo. Decide mirar la pantalla del aparato. Paula hace lo mismo que Nacho pero no puede dejar de acordarse de una discusión que tuvo con su hermana antes de empezar el viaje. En síntesis, la hermana de Paula opinaba que no convenía viajar con un ex porque siempre era complicado. Paula opinaba que no había problema porque con Nacho habían estado un par de veces nada más y ahora eran amigos.

La puerta que mantiene a Nacho adentro del auto no será la que se destruya por completo cuando la cabeza del animal impacte contra el auto.

En los asientos delanteros del vehículo, David no tiene que pensar en un tema de conversación. Tito le hace un favor cuando le pregunta si hace películas. David responde que hace cine. Y le

interesa retratar la vida de la gente común. Habla de esto por quince minutos. Tito no dice una palabra.

El choque de la criatura contra el lado derecho del auto aplasta el brazo de David. Él casi no siente dolor, pero si ve: ve la foto que sale de la guantera, la de Juan, hermano de Tito. Nacho y Paula rebotan en la parte trasera del auto. La cabeza de Nacho da un golpe seco contra el asiento de adelante. La nariz le estalla en sangre. Gotas de bordó vuelan y pintan todo el tapizado. La cara de Paula se pega al techo del auto. Siente algo que le cruje fuerte en el hombro. El auto da tres vueltas sobre su eje. Con cada vuelta y cada golpe, la estructura se deforma y se comprime. David, Nacho y Paula reciben muchos impactos de metal y vidrio en el cuerpo. Son como pájaros dentro de una jaula que alguien destroza a patadas.

Como los pasajeros, Tito no deja de girar hasta que el auto da tres vueltas sobre su eje.

Tito ya no ve nada de lo que pasa dentro del auto. En la segunda vuelta del vehículo, sale por la ventanilla del lado del conductor.

El parabrisas se quiebra en una telaraña de vidrio laminado. Los fragmentos reflejan la luz y forman un caleidoscopio asimétrico. David se hace pequeño, inmaterial. Su conciencia se desprende del cuerpo y cae en un recorte de vidrio triangular. Cae y, de a poco, distingue nuevas formas. Primero, una mujer de pelo corto y vestido floreado; después, el patio de una casa: tierra, desperdicios y un árbol de nísperos; al lado de la mujer, un tonel sobre un fuego; en el tonel: ropa, agua y tinte negro. La mujer usa una tabla de madera para revolver la mezcla. Telas de distintos tamaños y colores se oscurecen, como animales cubiertos de petróleo. El fuego debajo del tonel cruje mientras quema leña. Entre los crujidos se puede distinguir el sonido de algo parecido a la frase «mugre de mierda». David reconoce a la mujer. Sabe cómo se llama, sabe por qué tiñe toda su ropa de negro. Sabe también qué relación tienen entre sí. Sabe que es su madre. Por otro lado, está seguro de que no lo es. La mujer es la madre de Tito y entiende

que, aunque reconozca todo lo que lo rodea, este no es su recuerdo. Es el recuerdo de Tito.

En otro fragmento, David vuela. O, mejor dicho, Tito vuela y viéndolo todo a través de sus ojos, está David. Juan, con quince años, agarra a Tito/David de la cintura y lo levanta por sobre su cabeza. Están sobre las vías del tren, a cuatro cuadras de la casa de ambos. Es nochebuena. Los globos aerostáticos de papel pasan sobre las calles de tierra y los techos de chapa como soles en miniatura. Un globo cae despacio luego de haber atravesado el cielo de tres barrios. Sostenido por Juan, Tito levanta los brazos y atrapa el globo. El mayor de los hermanos trota y le dice al otro que suelte. El globo sube de nuevo.

Un brillo azul tiñe el cristal y Tito ve los colores de la noche reflejados en la parte de abajo de una cama cucheta. Está acostado. Esta es su pieza, piensa la parte de Tito que es David. Fuera del cuarto se escuchan las voces de dos adultos que discuten. Un hombre y una mujer. Mis padres, piensa David. No, sus padres, se corrige. Dos sonidos se repiten mucho y suben el volumen de la discusión: el primero es la frase «mugre de mierda», el segundo es el nombre de Juan que ahora se recuesta en la parte de arriba de la cucheta.

—Los canas ni me preguntaron si me había metido a robar al dispensario —dice Juan—. Me llevaron. Sin decirme nada.

—¿Y robaste? —David se escucha a sí mismo preguntar en la forma de Tito.

—No importa. Todos saben que robé. Y yo ni andaba por la zona cuando desaparecieron las cosas. Los muy hijos de puta ni llamaron a casa. Ni me escucharon. Me subieron al auto y listo. Tenés suerte de que yo sea el más negro de los dos.

Juan cierra los ojos con fuerza y aprieta los bordes de madera de la cucheta. La mano que David comparte con Tito sube desde la cama de abajo y se posa en el hombro de Juan. La parte que es David no entiende por qué pasa esto.

En el último recuerdo en el que cae la conciencia de David, Tito salta una tapia para entrar en una casa funeraria. Adentro no hay luces fluorescentes, sala de espera para deudos o salón de ceremonias.

Esta casa funeraria tiene una cocina que huele a comida frita, cuatro habitaciones ocupadas por el dueño y su familia, un baño, un recibidor con las paredes descascaradas, un cuarto que casi siempre está cerrado y un patio lleno de trastos. A este patio llega Tito después de saltar la tapia. La puerta que conecta el patio con el interior de la casa está destrabada por lo que, sin hacer ruido, entra y se hace camino hasta el cuarto que casi siempre está cerrado. No revisa los otros ambientes. No le hace falta. Ya estuvo ahí. Antes de entrar al cuarto, escucha murmullos que vienen desde el interior. Gira despacio el picaporte y entreabre la puerta. Ve a dos hombres. Entre ellos, el cuerpo rígido y pálido de Juan enfundado en un traje marrón desgastado. Los hombres intentan meter el cadáver en un cajón de madera con poco éxito. El cofre es muy pequeño. La madera cruje y se agrieta. Los hombres protestan. Dicen: «mugre de mierda». Uno de los dos pone todo el peso de su cuerpo sobre el brazo izquierdo de Juan. El brazo se desencaja. Se desencaja como la noche del accidente cuando, como le explicaron a Tito, su hermano, que no llevaba puesto el cinturón de seguridad, había salido disparado por la ventana del auto de un amigo.

Tito se despierta a diez metros del accidente. Ahora, el vehículo está casi cubierto por una sustancia plateada. La sustancia forma una estructura que usa al auto como base y se eleva hasta convertirse en algo parecido a un tótem de tres pisos. Tito se acerca cojeando al auto. Le duele un poco la pierna derecha y tiene algunos cortes pequeños en los brazos y las piernas pero ningún hueso roto. Se le ocurre que la combinación de mucha comida y poco ejercicio es mejor que cualquier airbag. Aunque el material casi tapa por completo la carrocería del auto, Tito reconoce el punto de origen de la construcción: bajo el parachoques, la criatura está acostada, inmóvil, con el torso abierto. La sustancia plateada sale desde el interior del animal. A un metro del tótem, Tito ve a David, todavía sentado en el asiento delantero. La sustancia plateada le cubre el cuerpo, forma un caparazón. Solo el rostro se asoma. David tiene los ojos abiertos

y no parpadea. Consciente pero paralizado. La mirada fija en el parabrisas agrietado. Tito ve una rama del material que lo cubre y se proyecta hasta el asiento de atrás conectándose con Nacho y Paula que están cubiertos por el algodón. Duda pero se decide a tocar el material. Desprende un pedazo, después otro y después otro para dejar al descubierto la puerta del lado del conductor. Entre las hebras, en donde debería estar el hombro de David, Tito ve la foto que salió de la guantera. Extiende el brazo izquierdo para alcanzarla. Toca la foto y la sustancia vibra, sube sobre la imagen hasta adherirse a su mano, después crece por el antebrazo, forma tentáculos y aprieta. Fuerte. Tito grita. Araña el material para liberarse. David recibe los recuerdos del guía.

Nacho no recibe recuerdos ajenos. En el accidente, algo en su cabeza se rompió.

Viviendo los recuerdos de Nacho, Paula ve la pantalla de un celular. Ve la pantalla pero no usa sus ojos. Los ojos son de él. Ahora ve lo que Nacho ve. Recuerda lo que él recuerda. Siente el peso del aparato como Nacho lo sintió y siente la superficie suave del teléfono contra la piel áspera de dedos que no son suyos. En la pantalla, una publicación de Instagram. Una foto que muestra a Paula con los brazos abiertos en cruz. En el fondo de la foto, muy lejos del cuadro, una mesa de vidrio. Sobre la mesa: una taza de café, un plato chico con tostadas, un cuchillo y un frasco de mermelada de uva. El texto bajo la foto dice: por más mañanas así (y después un *emoji* de corazón). Paula siente a Nacho. Siente la ansiedad, el deseo. Los ojos de Nacho, conectados al cerebro de Nacho y a los dedos de Nacho, se llenan de energía. Una energía que debe encauzarse en un comentario ingenioso. Algo atractivo que no suene a desesperación pero que demuestre interés. Ella siente todo esto, recibe la respuesta al mismo tiempo que Nacho la recibe. El comentario preciso. Una bala tipográfica de francotirador. Los dedos de él escriben sobre el teléfono y, al mismo tiempo, Paula recuerda ser ella misma, del otro lado del intercambio. Recuerda haber subido la foto y haber recibido el comentario.

Paula está ahora en su pieza, con Nacho. Una lámpara de luz violeta y *Every Breath You Take* de The Police tiñen el ambiente de nostalgia ochentosa. La cabeza de él está entre las piernas de Paula. Lamiendo. Ella siente las manos de Nacho como propias, como guantes de carne, mientras aprieta los muslos desnudos. Escucha lo que Nacho piensa mientras le tiran (les tiran) del pelo y no es lo mismo que piensa ella.

Paula se abraza a sí misma y usa los brazos de Nacho. Paula se besa a sí misma en el hombro y usa los labios de Nacho. Paula usa los ojos de Nacho y se ve desnuda, con la mirada perdida. Está muy relajada. Sabe que lo que pasa entre ellos dos no es serio.

Ahora Paula es Nacho y revisa una conversación de WhatsApp. El último mensaje de Nacho figura como visto. Pasa una hora y no hay respuesta. Envía un meme. Y dos. Y tres. Otra hora pasa antes de que Paula devuelva un «jaja». Nacho responde inmediatamente con «¿haces algo hoy?». Este mensaje no recibiría respuesta hasta el día siguiente. Nacho abre Instagram. Ve una historia de Paula: una foto en la que está acostada en su cama y sostiene un libro que Nacho no conoce. En la historia está etiquetado un tipo con el que él se cruzó una vez en una fiesta, un tipo que dijo ser abogado. Antes de googlear el libro Nacho entra al perfil del abogado y se pasa media hora buscando interacciones con Paula. Desde los ojos del otro, Paula ve la historia y recuerda que se juntó con el agrónomo (porque no era abogado) y le pidió que le sacara la foto. Recuerda también que no quiso contestar los mensajes.

Tito trata de liberar al grupo de viaje, que ahora está atrapado dentro de un inmenso capullo plateado. Nada queda del cuerpo de la criatura, incorporado a la estructura de algodón. La sustancia se expande y trepa por la pierna izquierda del chofer. Envuelve y aprieta fuerte. Mugre de mierda, grita Tito. La imagen de su madre tiñendo ropa de negro se le aparece en la cabeza. Sacude la pierna para liberarse de la masa plateada. Después, usa las manos como si fuesen palas mecánicas para sacar a David del caparazón que lo cubre. El caparazón reacciona al contacto con la piel: tiembla y

se expande. Atrapa las manos de Tito hasta las muñecas y crece. Cuando la sustancia ya le llega a los codos, vuelve a ver la foto, entre las hebras de algodón. Piensa en su hermano: Juan y él persiguiendo globos aerostáticos en nochebuena, Juan que habla y llora en la cama cucheta, Juan llamándolo a jugar antes de comer, Juan en el cajón. Tito mueve los brazos de arriba abajo. Consigue liberar el derecho. En el movimiento, la foto se rompe. Después, usa la mano libre para arrancar con violencia el algodón plateado de la cara de David. Reaccioná, pibe, reaccioná, dice. David parpadea, mueve los ojos de lado a lado y abre la boca para gritar.

En un bar, Paula se sienta frente a Nacho. La atmósfera del espacio se compone de cuatro elementos: humo de cigarrillo, paredes verde mohó, madera vieja barnizada y luz amarilla tenue. En una esquina del bar, un hombre delgado le habla a un micrófono y pregunta si a los presentes les gusta el stand up. Después, habla sobre las redes sociales. Nacho se ríe y la parte de Paula que ahora comparte sus recuerdos se ríe un poco también. Se ríe porque la risa de Nacho en ese momento le parece sincera. Le gusta. El teléfono de Nacho suena. Un mensaje de David. Despertate, dale despertate, dice el mensaje. Paula, desde los ojos de Nacho, ve el mensaje. Las paredes del bar tiemblan. El hombre delgado interrumpe a la mitad un comentario para reemplazarlo por un ruido chirriante, como una nota sostenida en una trompeta oxidada. El sonido aturde a Paula. El bar se llena de luz blanca. Todo desaparece. Entre el vacío blanco, Paula distingue una figura, fuera de foco. La figura se aproxima. Es David. Despertate, Paula, dice.

En el sitio del accidente, en lugar del auto, se eleva ahora una torre de algodón plateado. Una estructura de dieciséis metros de altura con un diseño similar al de los edificios de la ciudad plateada. Relieves de más de diez metros cubren la superficie de la torre. Los relieves muestran distintas imágenes: en una, Paula y Nacho se abrazan desnudos; en otra, el hermano de Tito descansa en un sarcófago. Cada relieve es un recuerdo. Cada recuerdo, una parte de la torre.

A veinte metros de la construcción, el grupo termina de sacar los últimos restos de sustancia plateada de la ropa. Tito les dice que conviene caminar. Se alejan del sitio del accidente a paso lento. Nacho se saca la bufanda y se la acerca a Paula. Ella la rechaza con un gesto de la mano y se adelanta, alejándose del grupo. En los años siguientes, ella se alejará mucho más. Nacho no entenderá por qué y David cambiaría el tema cada vez que su amigo empezase a hablar del asunto.

Luego de diez minutos de caminata en silencio, Tito le pregunta a David si todavía le interesa hacer películas sobre la gente como él. No sé cómo, responde David. Y sabe que dice la verdad.

QUIENES ESCRIBEN

JUAN IGNACIO PISANO

Nació en 1981 en Buenos Aires. Estudió la licenciatura y el doctorado en Letras en la UBA. Es docente universitario e investigador del CONICET. Publicó las novelas *El viento de la pampa los vio* (2021, Baltasara Editora) y *El último Falcon sobre la tierra* (2019, Baltasara Editora) y el libro de ensayo *Ficciones de pueblo. Una política de la gauchesca* (2022, Eduvim). Ha publicado artículos y capítulos de libros sobre literatura argentina, colonial, heavy metal y ciencia ficción. Ha publicado cuentos en antologías. Recibió el premio Medifé–FILBA 2020 por *El último Falcon sobre la tierra*, novela que además ganó la convocatoria 2018 de Baltasara Editora.

FLOR CANOSA

Nació en Buenos Aires en 1978. Es guionista, montajista de cine egresada de la Escuela Nacional de Experimentación y Realización Cinematográfica y editora de la colección *Arqueologías del Futuro* de la editorial Indómita Luz. Desde 2003 es Jefa de Trabajos Prácticos en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Publicó siete novelas y una docena de cuentos. En 2015 obtuvo el Premio X de novela contemporánea de Editorial El Cuervo por *Lolas* y *La segunda lengua materna* (2022, Indómita luz) fue finalista del Premio Celsius de la Semana Negra de Gijón y del Premio Medifé–FILBA en 2023. Sus obras han sido publicadas en Latinoamérica y Europa y traducidas al portugués e italiano.

JUAN REVOL

Nació en Córdoba en 1993. Es Licenciado en Letras Modernas y doctorando en Letras por la Universidad Nacional de Córdoba. Es profesor de literatura. Participó de las antologías de cuento *Mala Sangre* (2015, Pelos de Punta), *Muertos (de amor y de miedo)* (2016, La Terraza), *Los dominios de la siesta* (2017, Hoy Día Córdoba) y *Espeluznante* (2019, Postales Japonesas). Publicó el libro de poemas *Shinigami* (2013, A.t.e.o.), la novela *Cuásar* (2014, Borde Perdido) y la novela–poemario *La tarde de los profetas* (2018, Nudista). Ganó el Premio Internacional de Cuento Abelardo Castillo (2021), el IX Concurso de Poesía Pablo Neruda (2019) y el Premio de Literatura Luis José de Tejeda (2015).

ANA LLURBA

Nació en Córdoba en 1980. Es Licenciada en Letras Modernas por la UNC. Publicó *Este es el momento exacto en que el tiempo empieza a correr* (2015, Isla de Siltolá), *La puerta del cielo* (2018, Nudista), *Constelaciones familiares* (2020, Aristas Martínez, 17 grises, Imbunche y Eris Edizioni), *Érase otra vez. Cuentos de hadas contemporáneos* (2021, Wunderkammer), *Hemoderivadas* (2022, Aristas Martínez), *Mapas y cicatrices* (2023, Fruto de dragón), *Encarnar al monstruo* (2024, Editorial Eolas) y *Mala conciencia* (2024, Letra Versal). Recibió el premio Celsius de ciencia ficción y Antonio Colinas de Poesía Joven. Fue seleccionada para la residencia de escritura de la ONU en Cracovia y también fue becaria del Master of Fine Arts bilingüe de escritura creativa en El Paso, Texas. Actualmente cursa un doctorado en Literatura y Cultura latinoamericanas en Rutgers, New Jersey.

EMILIANO SALTO

Nació en Neuquén en 1987. Es Licenciado en Letras Modernas por la UNC. Es docente. Participó de las antologías de cuentos *Entre Dientes* (2015, La otra gemela); *Muertos (de amor y de miedo)* (2016, Ediciones La terraza); *Los dominios de la siesta* (2017, Hoy Día Córdoba); colección *Sonda cartonera* (2017, Larvas Marcianas). Publicó el libro de relatos *No todo cierra* (2014, Llanto de mudo), la novela corta de ciencia ficción *PreFab* (2019, Borde Perdido Editora), el libro de cuentos *Nuestro mundo plateado* (2023, Antipop editora). Fue premiado en los certámenes Manuel de Fallas, General Cabrera, Osvaldo Bayer, Itaú y Una brecha.

ÍNDICE

4 **ASEDIAR EL QUÉ DE LAS LITERATURAS
POR VENIR**

ROBERTO CHUIT ROGANOVICH,
BLAS RIVADENEIRA, VICTORIA DAONA

8 **EL VIGILANTE**

JUAN IGNACIO PISANO

12 **AHORA PISÁS VALLE**

FLOR CANOSA

20 **LLUVIA FANTASMA**

JUAN REVOL

30 **VILLA ANAHITA RUIN PORN**

ANA LLURBA

40 **NUESTRO MUNDO PLATEADO**

EMILIANO SALTO

49 **QUIENES ESCRIBEN**

COLECCIÓN **LITERATURAS POR VENIR**

dirigida por Roberto Chuit Roganovich,
Blas Rivadeneira y Victoria Daona

Políticas de la representación literaria
divergentes respecto de la mimesis como
ordenadora del imaginario. Poéticas
renovadas para asediar la complejidad
contemporánea.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias
de la Facultad de Humanidades y Ciencias
de la Universidad Nacional del Litoral.
Instituto de Humanidades y Ciencias
Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).
Programa de Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Félix Chávez

Gestión digital: Programa Bibliotecas UNL

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(www.huertatipografica.com).

Nostalgia por el futuro perdido / Juan Ignacio
Pisano ... [et al.]. - 1a ed. - Santa Fe :
Universidad Nacional del Litoral, 2025.
Libro digital, PDF/A - (Vera Cartonera.
Literaturas por venir)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-692-440-5

1. Literatura. 2. Narrativa Argentina
Contemporánea. 3. Cuentos. I. Pisano, Juan
Ignacio
CDD A860

© de la edición: Roberto Chuit Roganovich,
Blas Rivadeneira y Victoria Daona, 2025.

© Juan Ignacio Pisano, Flor Canosa, Juan Revol,
Ana Llurba, Emiliano Salto, 2025.

© de la editorial: Vera cartonera, 2025.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional